

Blanca

Blanca tomó sus pinceles, su caja de óleos, el atril y la tela que acababa de preparar hace dos días atrás. No era un cuadro muy grande el que tenía que pintar. De mediano tamaño, colores brillantes y con un trasfondo luminoso pero no claramente definido. Salió de la casa con todas sus herramientas y muy temprano en la mañana, tomó su vieja bicicleta, amarró cuidadosamente sus utensilios a la parrilla especial que había construido y se largó pedaleando por el camino rústico de ese paraje campestre al lugar en que él siempre pintaba sus cuadros.

Era una mañana fría de primavera y los charcos multicolores reflejaban el amanecer rosado esculpido en el hielo que la noche había olvidado al desaparecer en el horizonte, una vez más, como lo venía haciendo desde el principio de los tiempos. Su vestido de terciopelo azul y su pelo oscuro rodeado de estrellas volaban en el espacio infinito a recorrer otras tierras, en una danza perfecta y sincronizada con la aurora que anunciaba la llegada del nuevo día.

El Artista pedaleaba con tranquilidad respirando ese aire puro y helado que penetraba sus pulmones haciéndolo sentirse vivo y contento de poder presenciar toda esta belleza una vez más. Todo ese paisaje que se repetía día a día, semana a semana, mes a mes, estación a estación, en un ciclo hecho de flores, de lluvia, de hielo, de viento y de polvo.

Toda la maravilla de la naturaleza se recreaba segundo tras segundo para que sus ojos la aprehendiera y para profundamente gozar de ese espectáculo magnífico.

“Qué sería de esta naturaleza si mis ojos no existieran para contemplarla”, se dijo a sí mismo

“Ahí se quedaría, con su vestido hermoso, con sus perlas hechas del rocío del alba, con sus brazos extendidos en la brisa que me acaricia, sin tener quien la amara” se respondió a sí mismo

“No tendría ninguna razón para existir. Y a lo mejor ni siquiera existiría” siguió pensando mientras tomaba la curva suavemente y los sauces casi se inclinaban a besar el riachuelo que corría al lado del camino.

El zumbido de las chicharras, y el sonido del agua gorgoteando sus notas alegres, su eterno cantar, lo distrajo de sus pensamientos y por algunos minutos prestó su oído a toda esa sinfonía de ruidos, de melodías extraordinarias, de cantos de pájaros y todo eso que deleitó su oído con un placer inmenso.

“Qué sería de todos estos sonidos si mi oído no estuviera aquí para acariciarlos con ese placer enorme que me producen”, pensó para sus adentros

“Seguramente el silencio se extendería sin límites, porque mi oído no estaría ahí para abrazar el cántico de la naturaleza” siguió diciéndose a sí mismo.

“Y si mis oídos no existieran, el riachuelo no podría contarme ninguno de los cuentos que en las siestas de verano me ha contado, cuando recostado junto a su lecho de líquenes, cerré mis ojos para escucharlo”

“Y mis hijos no se enterarían jamás de las historias del riachuelo, porque mis oídos no estaban ahí para escucharlos”

“Si mis oídos no existieran, no habría razón de ser para ningún sonido”, reflexionó el Artista

El sol radiante se asomó a través de los cerros y las sombras se encogieron con la luz del astro. Las colinas heladas recibieron los rayos cálidos y los cristales de hielo se transformaron en gotas multicolores que corrieron por sus laderas llevando el mismo mensaje que habían venido llevando por eones.

El Artista pedaleaba cerro abajo sintiendo el viento y la calidez de ese sol naciente en su cara y en sus manos. Cada fibra de su cuerpo vibró con las caricias de ambos y ese calor se extendió hasta su corazón.

“Qué sería de esta brisa y de este sol generoso si mis manos y mi cuerpo no fueran capaces de sentirlos” pensó el Artista

“No habría ni siquiera generosidad que apreciar, si este cuerpo no los pudiera sentir”

El Artista se detuvo en un recodo del camino, se sacó la chaqueta, la camisa, los pantalones y todo lo que llevaba puesto. Dobló cuidadosamente toda su ropa, la amarró a la parrilla de la bicicleta y tan desnudo como había venido al mundo, siguió pedaleando en su bicicleta hacia el lugar donde pintaba todos sus cuadros.

“Es con este cuerpo desnudo que puedo sentir el calor, el viento, el frío, la nieve, la lluvia y todo eso maravilloso que existe cada día. Sin este cuerpo increíble, no habría razón de ser para la lluvia, ni para la nieve, ni para el sol resplandeciente, ni para el viento que ruge indómito, o para la brisa que lleva el aroma de los azahares” pensó el Artista.

Y el perfume de los campos tapizados de lirios, violetas y azucenas, invadieron su cuerpo desnudo con sus olores suaves, penetrándolo dulcemente, cariñosamente. Y una vez más el Artista pensó que no había razón de ser para ese concierto aromático si él no era capaz de percibirlo

“Todos mis sentidos existen para recibir al Universo. Y si no existiera ese universo, no habría nada que ser percibido, pero yo tampoco existiría. Pero puedo existir y no ver el verdor de los campos, ni escuchar las notas del agua, ni sentir la lluvia en mi cara, ni el calor del sol en mis hombros, ni jamás sentir el olor de los jazmines, ni nunca sentir la arena de la playa en mis pies, ni las olas del mar acariciando mi piel. Y podría existir sin jamás escuchar los grillos al atardecer contar historias de la luna, ni los sapos al anochecer contar sus desventuras cuando eran simples dragones, ni las mariposas explicar sus orígenes

divinos. Y no percibir jamás la fragancia de la tierra húmeda, y nunca ver el baile de las luciérnagas, y nunca contemplar los atardeceres dorados.” reflexionó el Artista.

“Si fuera así, no tendría mucha razón de ser mi existencia, pero tampoco entonces tendría razón de existir todo lo que me rodea. Esto si que es importante” pensó el Artista, “porque ese sol que brilla y cálidamente penetra con sus rayos mi cuerpo, solamente existe para mí cuando lo percibo, y soy solamente yo el que puede darle el sentido que percibo”

“El riachuelo cuenta sus historias, pero es mi oído el que las escucha... En realidad es más que mi oído y es más que mi piel, y es mas que mi olfato y mis ojos. Es como yo interpreto sus notas, su música, su canto, su aroma, sus caricias”, pensó el Artista

“Me pregunto entonces: ¿qué es lo que tengo, que puedo interpretar lo que percibo?”

“Algo poseo que puedo dotar de sentido todo lo existente. Algo dentro de mi es capaz de reconocer la música del aire, el brillo tenue de las hojas del otoño, el amanecer tembloroso de la naturaleza, los atardeceres sutiles del tiempo, los anocheceres profundos del olvido. Algo dentro de mí le confiere el sentido a todo lo que existe. Sin ese algo, el existir de todo no tendría significado alguno, al menos para mí.” reflexionó mas detalladamente el Artista

El camino se ensanchaba y poco a poco ese paisaje iba cambiando para dar paso a grandes campos de trigo y de maíz. Las colinas quedaron atrás y el Artista desnudo en su bicicleta pedaleaba sin apuro por el valle plano y fértil. Solo unos minutos más y estaría en el lugar donde él pintaba todos sus cuadros. Como siempre, al irse acercando al lugar, él lo experimentaba con una suave ansiedad y anticipación. Varios años llevaba haciendo el mismo ritual, pero hoy era diferente. Hoy se había dado cuenta de algo extraordinario que cambiaba todo lo que sentía con respecto a su arte. El placer y la profunda emoción que siempre le había causado el mirar y apreciar la naturaleza lo había llevado a reflexionar sin proponérselo en algo que no había considerado hasta ese entonces. Hasta ese día, solamente había experimentado a través de sus sentidos la vida infinita del mundo que lo rodeaba. Por primera vez, el Artista experimentaba la comprensión profunda de que dentro de él existía aquello que le daba el sentido a ese mundo. Por primera vez, comprendió que no había razón de ser para ese mundo si en él no existía ese “algo” que hacía que ese último fuera bello. Sin duda necesitaba entender ese “algo” que era la fuente inextinguible de inspiración.

Al este del camino y por sobre los campos sembrados, la neblina fría mezclada con ese olor inconfundible de la sal y el yodo, anunciaron a sus sentidos que estaba llegando a su destino y que en la próxima curva aparecería esa playa de arenas blancas que era su refugio y su fuente de inspiración.

Detuvo la bicicleta a la orilla del camino y al estar cercano al mar sintiendo la brisa fría de la mañana, decidió volver a vestirse y así lo hizo. Lentamente caminó su bicicleta hasta tocar la arena, sacó sus materiales de la parrilla, extendió el atril y montó el bastidor con la tela blanca, virgen, esperando a ser

plasmada de colores y formas. Como la había hecho innumerables veces, también preparó una pequeña mesa plegable y puso sobre ella todos los óleos, los pinceles y la paleta.

El Artista se sentó a varios metros del atril y contempló la tela blanca “Es tan hermosa así, desnuda, alba, tal como está” se dijo a sí mismo, al tiempo que entendía algo muy interesante. “No hay pintura que podría existir, sin esa tela, pero en realidad la pintura ya existe en mi imaginación. Esa obra de arte ya ha sido creada dentro de mí, pero no se ha manifestado en la tela todavía. Pero existe... y eso es lo más importante de todo”

Por supuesto que el Artista había estudiado todas las complejidades de lo que se llama comúnmente “medio” y él comprendía que la tela era solo eso. Desde el punto de vista del “arte” clásico, vale decir. Pero desde otra perspectiva, ese medio y todo lo que él crearía eran un todo indivisible. No podían existir separadamente, así como el mundo y sus sentidos eran un todo que se complementaban mutuamente.

Y una vez terminada la obra, esa tela jamás sería vista como tela porque contenía precisamente todas esas formas y colores que la transformaban en “producción”. Una vez plasmadas sus imágenes en esa tela, serían otros ojos los que contemplarían aquello que el Artista había concebido con su mirada interna. También él podría mirar con sus propios ojos su pintura terminada, pero esa percepción sin duda estaría ligada a todo aquello que solamente había existido en él cuando fue concebida como imagen.

Y sentado por un buen rato contemplando el bastidor, sintiendo la brisa que se entibiaba en la medida en que el sol luchaba con la neblina, discurriendo internamente todos estos descubrimientos, el Artista no se percató de la figura pequeña que también miraba la tela con enormes ojos, silenciosos y fijos.

No debería haber tenido más de 11 años aquella niña que rompiendo el silencio de las olas y el ruido de las gaviotas, le preguntó

¿Vas a pintar un cuadro?

El Artista sobresaltado con la pregunta, pero más que nada con la sorpresa de una voz humana, se volteó a ver una niña de cabellos castaños, con unos grandes ojos azules y un vestido largo estampado con flores que indudablemente había pasado por varios otros cuerpos a juzgar por el estilo y por la transparencia que el uso da a la ropa.

“¿De donde vienes, niña?. ¿Dónde está tu familia?. ¿Qué haces por estos lados?” preguntó El Artista

“Están pescando al otro lado de las rocas. ¿Vas a pintar un cuadro?” insistió la niña.

“Si...creo que eso es lo que haré”

“¿Y qué vas a pintar?”

“No estoy seguro todavía.”

“Entonces, no sabes lo que vas a pintar” afirmó ella con la certeza infalible de la niñez

“¿Y tienes alguna idea de lo que debería hacer?” preguntó el Artista con una sonrisa. Después de todo, los niños raramente se equivocaban en sus juicios, se recordó a si mismo pensando en sus propios hijos.

“Enséñame a pintar”, dijo tímidamente la niña

El Artista no supo como responder, pero fue capaz de sentir el deseo en esa pequeña persona de hacer algo que jamás había hecho. Sensible como él era, pudo percibir que esa niña había querido por mucho tiempo aprender a expresar ese intangible que en su momento él también había sentido muchos años atrás.

“Y porqué quieres aprender a pintar. Seguro que haz pintado ya muchos cuadros en tu imaginación, y no siempre es fácil poder traspasar todo a una tela”, respondió el Artista, no muy seguro de que sus palabras podían ser entendidas cabalmente.

Para su enorme sorpresa, la niña comprendió perfectamente su pregunta y le respondió con su voz infantil

“¿Y de qué me sirven esos sueños si no los puedo compartir con nadie?”

Sin duda, no había razón de ser para ninguna comprensión por más profunda o superficial que fuera, si solamente terminaba encerrada en la persona que la había tenido, pensó El Artista. No solo es una buena razón, pero probablemente la más importante que se podía tener.

“¿Y que te gustaría pintar hoy día?”

“Quiero que me enseñes a pintar una cara”

“¿Y sabes de quién es esa cara?”

“Claro que sé. Es la cara de una amiga. Es la única amiga que tengo en el mundo” dijo la niña con un pequeño temblor en su vocecita, que para El Artista no fue desapercibido.

El Artista decidió no hacer más preguntas, tomó un pincel y se lo pasó a la niña. Muy brevemente le explicó acerca de los colores al tiempo que preparaba la paleta con todos ellos. Esta vez, usarían todos los colores, sin preocuparse en lo más mínimo ni de las combinaciones correctas, ni de los complementos armónicos, ni de nada de lo que era solamente teoría. Esta vez sería una fiesta de colores, una celebración sin límites de la capacidad de expresarse. Y no repararía en ningún detalle que pudiera poner en peligro esa flor hermosa de la creatividad que se aventuraba a expresarse en esa niña salida del mar y la neblina misma.

Nada cobró más importancia en ese momento que el poder darle a ella la posibilidad de pintar esa cara tan querida y tan importante.

El Artista guió la mano pequeña de la niña y juntos hicieron un óvalo, luego un par de pinceladas dieron lugar a los ojos y ahí se detuvo porque la manito siguió sola, con gran confianza y profundo sentir. El Artista se quedó contemplando a la niña completar poco a poco el resto de la cara. Con una intensidad enorme, pintó la sonrisa, las orejas, el pelo, la nariz, los labios de color rubí. Luego siguió coloreando los ojos amarillos, y el pelo naranja. El Artista observaba con una sorpresa y una emoción que no había sentido hace muchos años, el desarrollo de un cuadro que era sin duda extraordinario. Esta era una pintura querida, acariciada, soñada con fuerza y con el amor absoluto que se tiene en esos años en que uno es niño.

Poco importaba las proporciones, y mucho menos los contrastes violentos y las mezclas imposibles. Todo encajaba perfectamente, porque era el corazón el que pintaba a través de una mano pequeña sin ninguna experiencia previa, pero no por eso, la expresión era menos valiosa.

Finalmente la niña se detuvo y con una sonrisa encantadora, llena de orgullo y de satisfacción dijo

“¡Es ella!”

El Artista con los ojos húmedos de lágrimas y con profunda emoción dijo

“¡Es ella!”

La niña se alejó de la pintura para mirarla de lejos. Muy seriamente estudió su producción y casi hablándose a si misma dijo

“Cuando aprenda a pintar, vas a ser todavía más linda...”

Con mucha delicadeza la niña le entregó el pincel al Artista, se secó las manos en el vestido de flores, alargó su manita para ser estrechada por él y se despidió del Artista

“Muchas gracias por haberme enseñado a pintar. Ahora sé que mi amiga existe fuera de mis sueños”

Y sin decir una palabra más, se dio media vuelta para perderse en la niebla de la playa solitaria.

El Artista se quedó parado sin atinar a nada, estupefacto y sin saber si todo esto había sucedido, o había sido el producto de tantas cavilaciones existenciales de esa mañana primaveral. Mientras miraba a la niña desaparecer detrás de las rocas, se dio cuenta de que todavía tenía en la mano el pincel húmedo, lleno de colores, y que esto era tan real como el cuadro mismo que estaba ahí en el atril.

Contempló esa cara en la tela y casi no pudo salir de su asombro cuando cayó en cuenta de que era nada menos que la cara de la niña. No había ni siquiera que hacer mucho esfuerzo para darse cuenta

que era efectivamente ella. Había sido un auto retrato, pero con ese “algo” que había descubierto que estaba en el trasfondo de todo acto que confería sentido a lo que existía.

“¡Es ella!” exclamó el Artista

“¡Es ella!” murmuraron las olas, y gritaron las gaviotas, y la arena crepitó por un instante.

Y en un coro multicolor, desordenadamente, abandonadamente, toda la naturaleza circundante dijo al unísono

“¡Es ella, la conciencia que nos da el sentido y la belleza. Es gracias a ella que existimos para tus sentidos. No dejes de desarrollarla porque tu felicidad y nuestra existencia depende de ella!”

El Artista puso todas sus herramientas de trabajo en la parrilla, amarró cuidadosamente sus posesiones, montó la pintura de la niña sobre el resto, aseguró todo minuciosamente y pedaleó de vuelta a su hogar con el tesoro a cuestas y también dentro de sí mismo. Nada era más importante que la vida humana, y nada más esencial que esa conciencia dadora de sentido. Era solo una niña que crecería sin límites...

Fernando Aranguiz

October 1988

Avance

Blanca es una historia corta sobre las relaciones entre los sentidos y la conciencia. Es una descripción multifacética de la función de ésta en relación a la percepción, las imágenes (auditivas, olfatorias, visuales, etc.) y el sentido. Es una historia sobre el proceso de aprendizaje y desarrollo; acerca de la creatividad y la comprensión de su fuente de origen. Es acerca de las infinitas posibilidades de la conciencia en su búsqueda de sentido.